

los males que nos suceden, porque nos condena á ellos su justicia, sirviéndose de los hombres, ó de otras causas segundas, para que se cumpla su voluntad en nosotros.

Aquí debiéramos hablar, ó á lo menos pensar de otro modo; y en vez de acordarnos de las criaturas, á quienes, por lo comun, atribuimos lo que sucede, seria justo que en todas ocasiones retrocediésemos á la verdadera causa de todo, dando á Dios en nuestros pensamientos la parte que realmente tiene en todo quanto sucede. Así veríamos á Dios en todo, y en todas partes, pues no hay accidente alguno que no venga reglado por su sábia Providencia. Y lo mas admirable es, que en cierto sentido nos pareceria justo todo lo que viésemos, al considerar que todo viene de su voluntad siempre justa. Pero no nos hemos de contentar con reconocerla y adorarla solamente en los grandes acontecimientos, sino que como lo abraza todo, y no hay coyuntura, por pequeña que sea, que no venga ordenada de Dios, es menester que nos acostumbremos á adorarle en todo, y atribuirle los mas ligeros accidentes que nos sobrevengan.

La sumision á las disposiciones de la Providencia reprime las inquietudes que suele haber por las cosas de la vida presente. No solo hemos de creer que Dios puede darnos las cosas temporales que necesitamos, sino que también nos las dará con efecto, con tal que le seamos fieles; ó que si nos las niega, será porque conoce que nos es mas provechoso quedar privados de ellas. Porque nuestro Padre Celestial, que mantiene las aves del Cielo, y adorna con tanta hermosura las flores de los campos, está muy ageno de querer desamparar unas criaturas fieles y aplicadas á su servicio. De suerte, que en qualquiera necesidad á que nos hallamos reducidos, debemos estar ciertos que antes hará Dios milagros, que dexarnos perecer; á no ser que por nuestro bien eterno nos haya ordenado su Providencia este género de muerte. La inquietud está siempre acom-

